

ciencia de fondos para que pudiese subsistir este Convento, lo que miraba con prudencia respecto á que nuestra Madre Fundadora contaba no solo con los cien mil pesos que le tocaban por sus legítimas, de los que ya se ha dicho quedaron en ser setenta y dos mil por haber expendido los restantes en los viages de ida á España y vuelta á estos Reynos, obras pías que fundó y muchas limosnas que hizo, como ya queda insinuado, sino asimismo con los cincuenta mil pesos que su hermano el Señor Conde de San Pedro del Alamo le asignó sobre las utilidades de la Mina de Santa Anita en Guanaxuato para este fin, los que hasta el dia no se han enterado, porque la Mina, frustrando las piadosas intenciones del Señor Conde, ni dió ni ha dado utilidades algunas, y esto era lo que conocia S. S. Illmá. Pero el buen gobierno y economía de la Madre María Ignacia dispuso en buena forma las rentas, pues con lo que quedó despues de concluído el Convento, en que se gastaron cin-

cuenta y siete mil pesos, varias alhajas que vendió, menage de casa y algunos dotes de las primeras que entraron, con mas ciertas cantidades que le volvieron, de que era acreedora, procuró prontamente comprar fincas, para con sus réditos satisfacer y dar cumplimiento á lo que habia dispuesto.

CAPÍTULO DÉCIMO.

Su devocion al Santísimo Sacramento, á María Santísima y otros Santos.

Cumplidos los tres años de su Prelacia el de cincuenta y ocho, se procedió á nueva eleccion, la que recayó en la misma persona de nuestra amada Madre Azlor, con tanto gusto de la Comunidad como repugnancia de su Reverencia, pues mas deseaba obedecer que mandar. La confirmó S. Illmá. en el empleo con particular complacencia y hubo de seguir con la cruz que nuestro Señor le habia destinado hasta su muerte, reconociéndosele en el semblante lo

azivarado que quedaba su corazon con el nuevo honor, muy debido por todos títulos á su virtud y talentos.

Ya se ha hablado de su gobierno en general, haremos ahora alguna insinuacion de sus virtudes y devociones particulares, pues para expresar por menor lo mucho que se pudiera decir de su frecuencia de Sacramentos, presencia de Dios, oracion, meditacion, leccion de libros devotos, mortificacion y penitencia, era menester que corriera muy dilatada la pluma.

La devocion de la Madre María Ignacia al Santísimo Sacramento era tan reverente, que no se llegaba á esta sagrada mesa sin primero reconciliarse con mucha compuncion de sus leves faltas; y aunque era nimio su temor, no omitia recibir este Pan de vida (no satisfecha de solo las Comuniones de regla) con la mayor frecuencia que podia, y tenia particular cuidado de recibirlo el día del Santo Patron de cada mes, y de que todas lo exécutasen: en muchas fes-

tividades de María Santísima consiguió licencia para que se descubriese al Santísimo en la Misa cantada, y á la tarde por espacio de una hora, y siempre que estaba expuesto este Divinísimo Señor en nuestra Iglesia, no se apartaba de su presencia, si no la obligaba alguna distribucion ó negocio en cumplimiento de su empleo: jamas dexaba de estar de rodillas en el Coro, si no era quando se rezaba el Oficio, con tal compostura exterior, que se echaba bien de ver la interior reverencia de su espíritu, que á todas las componia. Consiguiente á esta era la devocion á la santa Misa, sin perder alguna de quantas se decian, lamentándose quando no llegaban siquiera á cinco, en reverencia del Dulcísimo Nombre de María, y al Sacerdote que decia la quinta le rezaba cinco Salves en agradecimiento de haberle completado este número, lo que sabido por algunos de los que frequentaban nuestra Iglesia, codiciosos de sus oraciones, sollicitaban que les cayese la suerte, siendo tanto

su anhelo de este santo Sacrificio, que tenia la prolixidad de apuntar las que oía en la semana, mes y año, haciendo exquisitas diligencias por no perder ninguna, y varias veces sucedia desayunarse á toda prisa, ó no acabar, para alcanzar la Misa que habia oido tocar; y si por motivo urgente perdia alguna, todo el día le duraba el sentimiento. No obstante esta su grande devocion, prevaleció un día su paciencia y humildad, pues estando ya en pie para ir á oirla, entró una Hermana, quizá con mas sencillez que malicia, dándole un libro de la Vida de un Santo, diciéndole que leyera aquel Capítulo que era de la prudencia con que habia gobernado, y se volvió á sentar, respondiéndole se lo leyese la misma, perdiendo la Misa por oírle dicho Capítulo, sin mostrar la mas mínima turbacion, de que quedaron muy edificadas así las que se hallaron presentes, como las que despues lo supieron. Este interés la obligaba á sufrir la incomodidad del aposento en que vivia con la ventana á la

calle, una de las mas ruidosas, así por el continuo tráfago de los coches, que á todas horas del día y de la noche van y vienen para todas las demas calles del vecindario, como por el molesto bullicio de la gente vulgar, que para sus algazaras, alborotos y griterias ni tiene hora ni guarda concierto, y teniendo el sueño muy ligero, con todo, para la Madre María Ignacia era muy acomodado y apetecible, porque tenia una ventanilla pequeña, que abierta daba comunicacion al aposento con el Coro, facilitándole las frequentes visitas al Divinísimo Señor Sacramentado. De esta usaba, especialmente quando estaba enferma ó impedida por la obediencia, para asistir á los divinos Oficios y visitar á su divino depositado Dueño, pues abierta no solo le franqueaba la presencia mental, sino tambien la real, para lograr la mayor inmediacion que podia á los altísimos misterios, y á la adoracion de su Amado.

Con esta santa industria lograba el oír

todas las Misas que se decian en casa, porque si estaba sana asistia en el Coro, y si enferma desde el aposento. La devocion y reverencia con que todo esto exercitaba no es fácil expresar en breve, solo se dice de paso, que las reverencias ó postraciones corporales y externas todas eran profundas, aun siendo muy freqüentes, si no decimos continuadas, porque se habia de postrar indefectible y profundamente siempre que mentaba á la Santísima Augustísima Trinidad, el dulcísimo nombre de Jesus, el Santísimo de María, y no solo quando su Reverencia los nombraba, sino tambien siempre que los oía nombrar, si se hacia alguna mencion de la sagrada Eucaristía, ó se mencionaban los otros tres Santísimos Señores Joseph, Joaquín y Ana; y como todos estos sacratísimos nombres son tan continuos en los rezos, oraciones, deprecaciones, y aun en conversaciones piadosas, puede con verdad decirse que estas postraciones rendidas eran aun mas que freqüentes continuas: tan-

to y con tal constancia, que agonizando estaba, ya desamparada de las naturales fuerzas, sin poder valerse de sí para nada de su alivio, y con todo siempre que los que le auxiliaban mencionaban alguno de los ya dichos sagrados nombres, habia de inclinar la cabeza para hacer la reverencia, y si se nombraban seguidamente, la inclinaba seguidamente, hasta las dos últimas boqueadas, que se duda si los oyó. De aquí se infiere la continua presencia de Dios que tenia quien con tanto tezon se actuaba en los actos dichos.

Su devocion á María Santísima se puede llamar exímia, pues desde niña le rezaba, sin faltar dia alguno, su Oficio y el Rosario de quince misterios: continuamente le hacia Novenas, y solia juntar á otras quatro que la acompañasen, porque procuraba en todo ajustar el número de cinco en reverencia de las cinco letras, y por la misma erigió cinco lugares de gracia para Colegias, que se distinguen de las otras en el Escudo que llevan del nombre de María, teniendo las de-

mas por divisa del hábito de nuestra Señora del Pilar en el brazo izquierdo un pitarito de plata. Todas las admisiones así de Religiosas como de Colegialas, habian de ser en festividades de nuestra Señora, y si esta estaba léjos, á lo ménos en Sábado por dia consagrado á esta Señora. Se le notó que quanto se le pedia por la Virgen lo concedia, aunque con prudente disimulo, porque no se valieran de esto para impertinencias. Hacia en su honor varias limosnas, y si oia pasar algun pobre por la calle pidiendo por María Santísima, si no era á deshora enviaba á la Tornera algun socorro para que le diera, pues en esto y en el culto divino empleaba al vitalicio ó reserva que sus hermanos le asignaron. El Viernes Santo acompañaba á esta Señora en su Soledad con las tres horas que le hacia en su aposento, de doce á tres de la tarde, con muchas lágrimas de ternura y compasion de sus dolores, en cuya memoria procuraba fuesen siete con su Reverencia las que se congregaban á este

devoto exercicio, y quedando las otras rendidas, solo nuestra Madre María Ignacia era incansable, despues de haber empleado la mañana, acabados los divinos Oficios, en otras muchas devociones propias del dia, lo que continuaba á la tarde en los tiempos que cesaban las distribuciones, que admirabamos como tenia aliento para tanto, siendo así que la noche anterior no sabemos si se llegaba á acostar. Solicitaba este dia que á todas las Imágenes de Dolores que habia en el Convento se les diese algun especial culto. Su devocion era tanta, que todo encarecimiento es corto: solia decir tenia mucha envidia al Rey Don Jayme de Aragon por los muchos Templos que habia dedicado á nuestra Señora, y se puede contar por prodigioso un caso que sucedió. La Señora Marquesa su Madre tenia en esta Ciudad estrechez con una Señora Aragonesa, la qual vivia en una de estas casas que hoy son Convento: esta tenia una Efigie de nuestra Señora del Pilar de marfil hecha en China por

un Sangley gentil, el que despues de haberla hecho se prendó tanto de su hermosura, que se hizo Christiano. Era tan crecida la inclinacion de la niña María Ignacia á esta sagrada Imágen, que le rogaba á menudo á su Señora Madre viniesen á visitar á Doña María Sanz (que así se llamaba la amiga Aragonesa) solo por lograr el consuelo de ver esta Imágen, la que entónces estaba colocada en una pieza que vino á ser el mismo aposento en que murió despues su Reverencia. Es á saber, que habiendo enviudado dicha Doña María, le tenia comunicado á la Señora Marquesa hermana de nuestra Madre María Ignacia que habia de dexársela á su Reverencia quando ella muriera. Volvió á casarse con un Aragonés, y quando falleció dicha Señora se quedó este Caballero con la Efigie, diciendo quando se le reconvinó, no estar en el testamento esta donacion, por lo que le propuso nuestra Madre Fundadora, porque se la dexara, darle otra de marfil y doscientos pesos. No convino en ello, pues

su ánimo era llevarla á España, y colocarla haciéndole una Capilla en su tierra. Ya próximo su viage le suplicó la Madre María Ignacia que siquiera nos la traxera para verla y despedirse de su Magestad. Condescendió en esto, però con tal desconfianza, que no quiso dexarla entrar dentro de la Porteria, sino solo que la vieran inmediata á la puerta: con este sentimiento le dixo su Reverencia: *Ahí castigará á usted la Virgen porque nos la lleva, que esa Imágen es nuestra:* palabras que habiéndolas proferido solo por efecto del dolor de la pérdida de lo que tanto amaba, se vieron verificadas. Fuese el Caballero, y habiendo llegado á Sevilla se volvió loco; despues le dió una enfermedad en Cadíz, con la qual le volvió el juicio, y en su testamento dexó ordenado nos traxesen la Santísima Imágen, y costearan de su cuenta la conduccion, pagando esta soberana Señora á su devota el tierno amor que la profesaba. Con esta noticia, tanto fue el gozo de lo que conseguía, como la pena de la fa-

talidad acaecida al Sugeto, sintiendo haber dicho aquellas palabras que inocentemente produjo. Aquí es de advertir, que tuvo tanta confianza la Madre María Ignacia de que la Virgen habia de volver, que sabiendo tenia corona de oro y el Niño de plata, ántes de tener algun aviso se la mandó hacer de oro. En fin, despues de varias revoluciones por el motivo de la guerra y otros acontecimientos, sin diligencia alguna de su Reverencia, asentada la paz, en los primeros Navíos vino nuestra Señora, la que recibimos con repique y cantando el *Te Deum*. El dia doce de Mayo del año de sesenta y tres, Sábado por la mañana, se pasó de la Portería á la Iglesia procesionalmente, comenzando desde este dia un Novenario, y aunque por entónces se colocó en el Altar mayor, hoy dia la tenemos en el Coro alto, por haberse puesto en el nicho de la Iglesia la Imágen que llamamos regularmente la Patrona, porqu: fue de la Madre de nuestra Fundadora, quien la llevó á España, y quar-

do estuvo en Zaragoza logró tenerla nueve dias en la santa Capilla, y la hizo tocar á la original: dicen está hecha á las mismas medidas de aquella milagrosísima Imágen Columna de la Fe y amparo de toda España; por lo que con particular amor y veneracion la tuvo siempre en su aposento hasta que murió.

La devocion á los Santos era tan general, que no es fácil especificar quales sobresalian, porque en cada uno hallaba particular motivo su piedad, pues á unos porque se esmeraron en el amor de la dolorosa Pasion de nuestro Señor Jesuchristo, otros en el culto y tierno afecto á María Santísima, y á otros por alguna particular virtud en que mas se señalaron, se puede decir que no habia Santo que no invocara. El deseo que tenia de la proteccion de estos le hizo solicitar de Roma muchas reliquias, pues á mas de la Sábana Santa tocada á la original que se venera en Turin, por medio del Señor Sada hermano del Señor Marqués de

Campo-real, que la consiguió quando fue sirviendo á la Señora Infanta Doña María Antonia de Borbon, que pasó á casar á Saboya con el Señor Duque Príncipe del Piemonte; y dos Santas Verónicas asimismo tocadas á las originales, que le enviaron de Roma, quatro Cuerpos de Santos Mártires, dos de éstos vestidos, que son San Clemente y Santa Cándida, dádiva de los Eminentísimos Señores Cardenales Guadagni y Portocarrero, los otros dos de San Rufo y Santa Rudinetris, están sus huesos colocados en dos urnas, y muchas reliquias con sus auténticas que se veneran todas en un Altar de nuestra Iglesia.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Su observancia de los Votos y otras virtudes.

Pobreza, castidad y obediencia son la esencia de la Religion. Quien tan adicta estaba á la piedad y devocion, bien se dexa entender quan desprendida estaria de to-

do lo que es intereses y amor á los bienes temporales, incompatibles con el recogimiento interior; pues quien estos bienes ama no puede del todo entregarse á Dios, y habiendo ya en lo autecedente manifestado la interioridad con que nuestra amada Madre continuamente se exercitó toda su vida en el trato con Dios, parece que se ha dado á conocer bastante el despegó que siempre tuvo, que es en lo que esencialmente consiste la pobreza voluntaria. Nada deseaba, nada apetecía, nada poseía. ¡Qué mayor desprecio de mundanos bienes! Por el contrario, se complacia con los remiendos, rehusando ponerse cosas nuevas, y era menester instarle con pretexto de que era dia de la Virgen para que lo admitiera. Se regocijaba con la descalzéz, y se recreaba con los efectos de necesidad: así se portaba como verdaderamente pobre voluntaria. La diferencia que hay del pobre por Jesuchristo á el pobre por la fortuna, no es otra sino que aquel tiene por gloria su indigencia, y este tiene por traba-

jo su escasez. La Madre María Ignacia estaba tan léjos de lamentarse de su penuria, que ántes le servía de desazon su remedio; porque si las muchas bocas de la pobre ropa que vestía obligaba á la caritativa providencia de la Religión á ponerle ropa nueva que le cubriese, le causaba con su misma caridad una grave mortificacion en su ánimo, pues mas quería cubrirse por necesidad con remiendos, que abrigarse por comodidad con renuevos. Los zapatos habian de ser tales, que bastasen á verificar que no profesaba descalzés, pero no tan buenos que la acreditasen de calzada; sino en una medianía de tal naturaleza, que cubriéndole el pie no le privase de la mortificacion de descalza. El hábito, toca y demas ropa de modo, que quitándole el sonrojo de descubierta, no le privase de la gloria de desnuda; sino que conciliando su profesion con la decencia, le cubriese con moderacion el cuerpo, sin ocuparle en la mas leve complacencia el espíritu. La comida tambien era propia de

pobres, porque á mas de la parcimonia que en ella observaba, que era tanta que no sabemos si su alimento alcanzaria muchas veces á acallar los gritos de la necesidad de su atormentado cuerpo, estaba reñida con toda delicadeza de viandas, en tanto grado, que el saberle bien era delito tan grave en el inocente plato, que esto solo era causa para apartarle de sí con un santo aborrecimiento, como si le hubiera hecho un grandísimo agravio; y solia decir en sus conversaciones, que no habia bocado mas gustoso como dexar al Niño Jesus el que mas agrada al paladar. Todo esto lo hacia fingiendo apetito é inmortificacion lo que era deseo de mortificarse: quien con tan poca y burda ropa, con tan escaso y vulgar alimento estaba contenta, claro está que nada habia de desear ni apetecer fuera de lo necesario para la conservacion de la vida, y aun esto tan preciso parece no lo apetecia, segun veiamos todas lo poco que deseaba el vivir. Á vista de este exemplar desengaño no

será difícil el presumir quanto se esmeraria
 nuestra Madre Fundadora en la virtud de la
 pureza, que tanto mas se esclarece, quanto
 mas se le escasea el regalo y su manteni-
 miento á la naturaleza. Las palabras que si-
 guen son todas de su Confesor el M. R. P.
 Joseph Carrillo: „ Era realmente en su Re-
 „ verencia esta virtud Angélica, porque era
 „ tan elevada, que no fue triunfo consigui-
 „ do por batalla, pues no fue molestada aun
 „ de aquellas sombras que osadas intentan
 „ oponerse á las luces mas claras de la lim-
 „ pieza, sino un como don que sin victo-
 „ ria alguna quiso concederle liberal la di-
 „ vina Providencia, tanto que sin pondera-
 „ cion alguna en este punto, podia decirse
 „ que la Madre María Ignacia era Angel sin
 „ carne humana, segun la tranquilidad, paz
 „ y sosiego con que poseía este tesoro, vir-
 „ tud que es propia de los Ángeles. Ni me
 „ hace á mi fuerza alguna, porque si bien
 „ este es siempre favor y beneficio que de
 „ lo alto viene, pero en humana prudencia

„ me consta que puso de su parte los me-
 „ dios mas eficaces que en las máximas de
 „ espíritu pueden ponerse para impedir la
 „ entrada para la lucha á el enemigo. Este pu-
 „ do considerarse de dos maneras, ó como
 „ doméstico, ó como extraño: aquel es la
 „ propia carne, y este es el Demonio, que
 „ aunque Ángel en su naturaleza, sucio en
 „ sus intentos, prefiere astuto la malicia de
 „ su depravada intencion á la limpieza na-
 „ tural de su propio sér. Este nunca tuvo lu-
 „ gar de combatir la fortaleza del ánimo de
 „ nuestra Madre con aquellas asquerosas es-
 „ pecies con que acostumbra atormentar mas
 „ á las almas, quanto estas mas detestan y
 „ aborrecen sus ascos; porque como siempre
 „ estaba ocupada, y tan bien ocupada, no
 „ lograba jamas tiempo en que presentarle
 „ batalla, y por falta de oportunidad que-
 „ daba siempre su astucia desayrada. Es ver-
 „ dad que la continuacion que observaba en
 „ los ejercicios de piedad y devocion era
 „ indispensable que tuviese muchas inter-

„rupciones, así por la secuela de la misma
 „distribucion, como por la atencion, ya del
 „oficio, ya del empleo de Priora en que le
 „habia puesto la obediencia; pero ni aun
 „en esos ratos interrumpidos estaba ociosa pa-
 „ra que pudiese desafiarla el enemigo; por-
 „que á mas de lo que le habia de embargar
 „la atencion el negocio mismo que trataba,
 „ó la ocupacion externa en que se emplea-
 „ba, su Reverencia se prevenia con alguna
 „obra de manos (y regularmente era el te-
 „xido de calzeta) para que este le embara-
 „zase la tal qual atencion que pudiera so-
 „brarle del embargo que habia hecho ó de-
 „bia hacer el negocio ú ocupacion que le
 „habia obligado á separarse de su amado re-
 „tiro. Con este prudente cuidado impedía
 „los avances á el enemigo extraño, á quien
 „siempre que la buscaba se le respondia
 „prontamente que estaba ocupada. No es
 „tan fácil libertarse de los insultos del otro
 „enemigo doméstico, porque como está
 „siempre dentro de casa, tiene mas facili-

„dad para acometer, y con naturalidad lo-
 „gra ocasiones oportunas en que presentar-
 „se para dar mucho cuidado con sus avan-
 „ces tan importunos como impensados; pe-
 „ro la Madre María Ignacia supo contener
 „su orgullo, abatiéndole los humos y qui-
 „tándole las fuerzas para reprimir su osa-
 „dia. Á mas de lo constante de su oracion,
 „se entregó de suerte á la externa mortifi-
 „cacion, que ya se contentaria la pobre car-
 „ne afligida con que se le concediese siquie-
 „ra algun descanso para la vida sin pensar
 „en los atrevimientos de su apetito. El ci-
 „licio y disciplina eran inseparables com-
 „pañeros de su cuerpo, sin que le valiese á
 „este jamas la excusa de sus dolencias y en-
 „fermedades; porque no se atendian sus
 „clamores por mas que se encendiese la ca-
 „lentura, sino que á la afliccion del acci-
 „dente se le añadía la de la penitencia para
 „humillar su engreimiento. „ Hasta aquí su
 „Confesor.

„ Á mas de lo dicho por el Padre, no-

sotras somos testigos oculares de muchas cosas: en una ocasion que se debió su Reverencia de descuidar por salir prontamente del aposento, entró una Religiosa á buscarla, y vió al lado de la cama tantos y tales instrumentos de penitencia, que asegura se horrorizó pareciéndole no le quedaba miembro libre segun la diversidad que habia. El ayuno era tan riguroso, que muchas veces nos parecia especie de crueldad ó tirania, porque se afligia con tanta severidad, que salian al rostro algunas veces las quejas de la destrozada naturaleza. Especialísimamente admirábamos todas, que desde que se cantaba la Gloria el Jueves Santo, hasta la del Sábado, no probaba el agua, y el Viernes Santo ni pan, siendo su complexión muy ardiente (motivo porque acostumbraba tomar mucha por necesidad) el tiempo caluroso, y nuestras distribuciones mas largas de lo regular, con todo lo que su Reverencia se añadia, ya se infiere la mortificacion que sería.

Una Religiosa de su confianza, que la observaba mas de cerca, movida de la compasion que le causaba el verle en estos dias los labios secos y partidos, y la lengua y estos negros, le reconvenia que con qué conciencia hacia esto, pues era tan necesaria su vida: la respuesta era reirse, y un año que se puso á llorar de verla, la riñó con gracia, diciéndole que era una artificiosa. La noche del Jueves Santo quanto añadiría á sus penitencias, pues estando acostumbrada á tantas, al dia sigüiente Viernes era muy notable la palidez de su semblante, que siempre era muy encendido. Por esta ardencia de su temperamento tuvo mucho que ofrecer á Dios en el de Tudela, por ser allí en el verano excesivo el calor, á cuya causa toleró por dos años unas ronchas de que se le llenó todo el cuerpo, sin admitir alivio alguno, mortificándola al mismo tiempo el decirle algunas Religiosas, que qué mal era aquel tan raro, que sin duda sería alguna enfermedad de Indias, y por eso no conocido allí, siendo

así que no era mas que efecto de la sangre ardiente, junto con el calor dicho del país y la ropa de lana negra, pues sin embargo de que algunas estilaban, con licencia, llevar armadores blancos con medias mangas negras, nunca admitió esta dispensa, diciendo, que para eso se entra en la Religion, para padecer, que esa era una de las cosas en que se debía mortificar una Esposa de Christo.

Quien tanto cuidaba de la mortificación exterior, quanto se daría á la interior, siendo la principal. Con el motivo de la fundacion oyó varios desprecios, de modo que hasta versos muy satíricos le compusieron, y no solo no se quejó ni tomó esto en boca, pero ni permitia que se hablase del asunto, poniendo precepto á las Religiosas, que aunque llegaran á sus manos no los leyeran. Por las oposiciones á esta toleró muchas palabras que pudieron haberle indispuerto el ánimo, y su sufrimiento lo recibia con semblante sereno. En una ocasion le escribió

una Carta un Padre de una niña Colegiala llena de imprudentes expresiones, y por algun motivo conveniente se la mostró á la Maestra de esta, la que leyéndola, le preguntó admirada, que qué respondia su Reverencia á aquello, y le dixo con gran serenidad que nada, porque á esas cosas no se contextaba, y procuró especializarse en el cariño con la niña. En otros asuntos se le notó oír algunas razones que la mortificaban bastante, sin desplegar sus labios. Lo mismo en graves y muchas pesadumbres que tuvo por el discurso de su gobierno, no manifestaba en el semblante lo que sentia su corazon, observándosele que si alguna le daba que sentir, buscaba oportunidad de hacerle algun favor, ó concederle alguna licencia que á otras solia negar. Conforme á su mortificacion era su humildad: nunca alababa su linage: quando era forzoso hablar de los suyos, lo hacia con moderacion, sin preferir los ricos á los pobres, ni desdeñarse de tener estos en su familia, y hablando

igualmente de unos que de otros: sin dudar por humillarse solía escribirles á los parientes que tenia en la Corte en algun papel viejo y arrugado: no siendo su Reverencia de genio escaso ni desaseado, tendria en ello gran vencimiento; y si las que la veian le hacian alguna reconvençion, les respondia en tono de pregunta, ¿y la santa pobreza?

Habiendo hablado de la pobreza y castidad de nuestra Madre Fundadora, diremos algo de la obediencia, que es la virtud mas esencial en la Religión, y lo que hace á una ser Religiosa, esa es la que agrada á Dios mas que el sacrificio y las víctimas: siendo tan recomendada de nuestro Santo Padre Ignacio y de nuestra Venerable Madre Juana de Lestonac, á quienes se puso por modelo, ya se entiende en qué grado exercitaria esta virtud; queda dicho como obedeció desde niña á sus Padres. Luego que tomó el hábito, todo el tiempo que fue súbdita se esmeró en ella, siendo muy exácta en su cumplimiento, aborreciendo mucho el man-

dar, como se vió en la salida de Tudela, que no quiso admitir el venir de Prelada, y quando á esto la obligó la obediencia, vivió muy mortificada, y siempre sujeta á la Madre María Ignacia Sartolo, que vino de Presidenta, á la que miraba como si actualmente lo fuera. La sujecion que tuvo á sus Superiores fue como de la hija mas dócil á su Padre, sin repugnar ni poner dificultad en executar sus órdenes: gustaba de posponer su dictámen al ageno, y aunque conociera que el suyo sería mas acertado, como en algunas ocasiones sucedió no salirle bien el que le dieron, con todo deponia el suyo por no dexarse llevar de su parecer, y sucedió con alguna de las Religiosas, que preguntándole su dictámen, y dándole á ésta cortedad con el natural encogimiento de ser Prelada, le decia que mejor lo sabia su Reverencia, esto lo sentia, y aun se mostraba enojada. En los ocho dias ántes de las elecciones, en que previenen nuestras Constituciones el que quede depuesta la que está de

Prelada y gobierne una Vicaria, que se elige por la Comunidad, era tanto el regocijo que tenia de verse súbdita en aquel tiempo, que andaba buscando licencias que pedir para tener esa gloria, y queriendo en estos días leer en Refectorio, y otros varios ejercicios de que las demas llevan semanas y la Prelada no. En esta virtud tan necesaria para la vida religiosa queria nos esmerásemos mucho, exhortándonos á la práctica de ella, contándonos algunos exemplos conducentes á este fin.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

Fe, Esperanza y Caridad de la Madre

María Ignacia.

ES la Fe la primera piedra del fundamento de nuestra justificacion, con cuyas máximas nos alentamos para obrar bien, las que nunca perdió de vista nuestra amada Madre. Estas le obligaron á dexar el mundo, abrazar la cruz de la Religion, con-

sagrarse á Dios en agradable holocausto, y promover su gloria y la de su Santísima Madre, á costa de trabajos y contradicciones, como ya hemos visto en el progreso de esta fundacion, la que emprendió con el deseo de que por medio de nuestro sagrado Instituto se desterrara la ignorancia de muchas tiernas plantas, que por su pobreza no logran el riego de la doctrina christiana, y carecen de la instruccion de los divinos misterios, como lo estamos experimentando cada dia en nuestras Clases. El deseo que tenia de dilatar por todo el mundo la Fe de Jesuchristo, se prueba en una manda que nos consta haber dexado en su testamento para que se fundara una Mision: dice así la cláusula: „ Se junten dos mil pesos (declarando arriba de donde, que no hace á nuestro intento) y los pongan á réditos, para que si dentro de doce años es nuestro Señor servido que se conquiste la Apachería, en aquel parage se funde una Mision para los Indios de esta nacion; y si

„ á mis hermanos les parece mejor se erija
 „ en los Texas, dedicándola á nuestra Señora
 „ ra de la Luz, porque esta soberana Antor-
 „ cha destierre con sus claridades las tinie-
 „ blas del gentilismo en que viven aquellos
 „ desdichados, en unos Países tan dilatados
 „ y amenos por naturaleza, como áridos de
 „ la gracia, previniendo, es mi voluntad,
 „ que la dicha Mision, no habiendo incon-
 „ veniente invencible que lo impida, sea en-
 „ tregada á el cuidado de los Padres de la
 „ sagrada Compañía de Jesus, pues es noto-
 „ rio que los Indios de aquellos parages pi-
 „ den y desean mucho Sugetos de esta Re-
 „ ligion, y mostrar la experiencia que adon-
 „ de inclina la voluntad se cautiva con fa-
 „ cilidad el entendimiento. „ Efecto de su
 viva Fe era la freqüente y humilde reverencia
 con que se ha dicho asistia ante el Tro-
 no del divino Señor Sacramentado. Su es-
 mero en el culto de este Señor era singular;
 todo le parecia poco en obsequio de su Ama-
 do. Procuraba que hubiera muy buenos or-

namentos, que todo estuviese muy aseado y
 cumplido. Intentaba hacer una Custodia de
 oro con diamantes y esmeraldas, para lo que
 habia reservado varias alhajas suyas, y de-
 sea deseaba hacerla ántes de su muerte. No
 quiso su Magestad darle este consuelo; pe-
 ro nos dexó casi todo lo suficiente, y hoy en
 dia está cumplida su voluntad. Todos aque-
 llos con que se ha dicho obligaba á los San-
 tos, paraban en Dios como en último fin y
 objeto único de sus adoraciones.

De esta divina virtud de la Fe fue no
 solo hija, pero tambien nobilísima parte la
 firmeza de la esperanza que siempre tuvo la
 Madre María Ignacia, pues hemos visto que
 no flaqueó en medio de tantas contradiccio-
 nes que ántes y despues de la fundacion pa-
 deció, confiando mas en Dios que en las di-
 ligencias humanas, las que no dexaba de ha-
 cer, acompañándolas con instantes súplicas
 al Todo-poderoso, en quien confiaba se lo
 habia de conceder como que era causa suya,
 superando su esperanza á todos los com-

bates sin perderla de vencer mediante su Providencia, la que se vió manifiesta, viendo mudadas las oposiciones de nuestro Prelado, que le fueron las mas sensibles, en favores muy particulares que le mereció, así su Reverencia como esta Comunidad. Pedia con tan viva confianza de conseguirlo que deseaba á nuestro Señor, que esta misma parece obligaba á la divina piedad á condescender con sus súplicas. Entre otras cosas supimos de su propia boca haberle pedido á su Magestad quando salió con la fundación, que en el término de diez años no se muriera ninguna de las que traía, y así lo vimos verificado; pues cumplidos estos el día doce de Octubre de sesenta y dos, en el veinte y siete del mismo falleció su Prima la Madre Ana María de Torres, con grave sentimiento de la Madre María Ignacia, quien despues nos decia con gracia: *Si yo hubiera sabido que tan puntual habia de estar nuestro Señor, le hubiera pedido término mas largo.*

El anhelo que siempre tuvo nuestra amada Madre de propagar la gloria de Dios á costa de trabajos, fatigas y desvelos, como hemos visto en la série de su vida, es bastante demostracion del encendido amor que abrasaba su corazon para con su amado Dueño: y como el amor del próximo está enlazado con el amor de Dios, este le hizo solicitar el bien de las almas en quanto pudo su activo zelo, y el consuelo y remedio de las necesidades de sus próximos, acudiendo á ellas conforme á las circunstancias de los tiempos. En vida de sus Padres, en las Haciendas se ocupaba caritativa, en compañía de su hermana, en curar los enfermos llagados: esta hacia las medicinas, y su Reverencia las aplicaba sin melindre, por asquerosos que fueran. Aconteció un día de Jueves Santo, que saliendo para la Iglesia las dos hermanas á los Divinos Oficios, llegó un Pastor con un brazo todo mordido de un lobo, y dexando la devocion acudieron á la caridad curándole á aquel pobre

sus llagas, lo que continuaron hasta que sanó: y tenía particular gracia para este género de enfermedades, no faltándole ocasiones en que exercitarla, pues como siempre donde hay niñas no faltan uñeros, panadizos, descalabraduras &c. todas acudian á su Reverencia, la que las curaba con mucho amor y carifio, como tambien á las Religiosas: á unas y otras en sus enfermedades cuidaba mucho de que las asistieran con esmero, y las visitaba con frecuencia. Si algunas de estas ocurrían á su Reverencia con otras aflicciones, las recibía con maternal amor, compadeciéndose de sus penas, consolándolas y solicitando su alivio en quanto podía, estando ciertas todas sus hijas, que lo que le descubrían se quedaba encerrado en su pecho.

Fundó doce sillas de gracia para Religiosas de Coro en este Convento, á beneficio de niñas pobres, con la prudente advertencia de que si en algun tiempo se menoscabaran estas rentas, se puedan suprimir

algunas. En nuestro Convento de Tudela, así por amor, como por no estar muy abundante, quando tomó el hábito dexó el vestido que llevaba puesto, de una tela muy rica, de que hizo llevar de Francia lo suficiente para terno entero, el que se estrenó en su profesion, y otras varias cosas para aquella Sacristia, con seiscientos ducados para ayuda del sitio de la huerta. Les hizo un retablo dedicado á nuestra Señora de Guadalupe muy primoroso.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO.

Ultimos años de su gobierno y su dichosa muerte.

IBA siguiendo la Madre María Ignacia los años de su gobierno con el consuelo de ver se iba aumentando el número de sus hijas, pues ya se contaban treinta, que su Reverencia habia recibido, quando impensadamente le envió nuestro Señor el mas doloroso golpe en la repentina enfermedad y

acelerada muerte de nuestro muy amado Prelado el Illmô. Sr. Dr. D. Manuel Joseph Rubio y Salinas, tan benemérito por sus prendas de ser llorado de todos, y con mas especialidad de esta Casa, que á la sombra de su proteccion se creó, y á la misma debió sus creces. Este funesto acaecimiento consternó su corazon, aun estando acostumbrado á encerrarse los pesares en su seno. Lo que declaró con expresiones muy tiernas, pareciéndole quedaba como huérfana, con la falta de tal Padre, pues con el manejo que habian tenido, conoció el Señor los fondos de virtud y talentos de la Madre María Ignacia, por lo que la favoreció con particular expresion.

201. Aun no bien enjugadas las lágrimas de esta pérdida, á los seis meses, dia quatro de Enero de sesenta y seis, quiso Dios llevarse para sí á la M. R. M. María Ignacia Sarto-lo y Colmenares, á quien como su Prelada que habia sido y Compañera de tantos años, amaba respetuosa y tiernamente, y por con-

siguiente le fue de grande sentimiento por lo que apreciaba su persona, en quien descargaba en parte el peso de la Prelacia, hallándose actualmente Supriora. Á esta Religiosa, con quien habia tenido fina estrechez, estando ya en los últimos términos de la vida, que hasta ellos estuvo en sí, le dixo nuestra Madre Azlor, que en viéndose en la presencia de Dios le pidiera á su Magestad, que si en la siguiente eleccion la volvian á reelegir, se la llevase, á lo que la moribunda respondió, que como habia de pedir eso, y entónçes le dixo: pues se lo mando á V. R.: á la voz de precepto, inclinó aquella la cabeza en señal de que obedecería. Faltaba para cumplirse el trienio poco mas de un año. Llegado el de sesenta y siete, funesto y memorable para esta Comunidad, el dia veinte y quatro de Marzo se hizo la eleccion con asistencia del Sr. Dr. D. Dionisio Rocha, Provisor y Vicario general de este Arzobispado, por comision de nuestro Illmô. Prelado el Sr. Dr. D. Francisco Antonio de

Lorenzana, por hallarse en la Visita, en que salió reelecta como en todos los trienios anteriores. El veinte y cinco, día de la Encarnacion del Divino Verbo, se erigió en nuestra Iglesia la Congregacion del Dulcísimo nombre de María, que solicitó á sus expensas por su gran devocion á esta Señora, y en reverencia de los setenta y dos años que vivió, determinó fuese el número de los Congregantes este mismo, dividido en tres clases, que son veinte y quatro Sacerdotes, veinte y quatro Religiosas, y veinte y quatro Señoras Seculares, acto que fue de grande júbilo para su devoto corazon: y lamentándose una Religiosa de que por ser el número señalado no había logrado la dicha de ser de él, siendo necesario que muriese alguna para entrar, le respondió su Reverencia: *No se apure usted, que yo le dexaré mi lugar:* y así fue.

En esta eleccion le advertimos no haber estado tan displicente como en las otras, ántes sí con particular agrado y afabilidad:

unas lo atribuian á haberse ya hecho el ánimo de conformarse con la carga del empleo; otras acordándose del pasage con la Madre Sartolo decian, sería porque esperaba morir, por la experiencia que había de la eficacia de sus oraciones para alcanzar lo que imploraba. Lo cierto es que á últimos de Marzo le acometió un dolor de costado, que el dia seis de Abril le quitó la vida.

Tan inmediata á la eleccion le sobrevino la enfermedad, que no dió lugar á que se publicara la Tabla de oficios, que ya tenia hecha, y solo le faltaba remitirla á S. Illmâ. para la confirmacion. Día treinta y uno de Marzo se sintió herida de una fiebre aguda, que desde el primer dia dió á conocer su malignidad, y la precisó á estar en cama. ¡Qual sería la amargura de esta Comunidad con los antecedentes dichos! Conociendo todos los Médicos que la asistian el inminente peligro que amenazaba, determinaron que se le administraran los Santos Sacramentos de Eucaristía y Extremauncion, que recibió

con el fervor que su Reverencia acostumbraba, y como quien se consideraba ya cercana á aquel último trance que tanto deseaba: en estos días no se le oyó una queja, ni buscar su alivio en nada, pues aunque deseabamos dárselo, como no manifestaba por su sufrimiento lo que la molestaba, no podíamos ministrárselo ni satisfacer nuestro amor. Decía su Reverencia, todos (dicen) mueren de repente, porque no creen que se mueren, yo lo he creído desde el día que quedé en cama. Y aun persuadiéndose á que sin remedio se moría, sufrió los penosos medicamentos sin resistencia. Al día siguiente de los Sacramentos hizo renuncia de la Prelacia, con licencia del Sr. Dr. D. Dionisio Rocha, quien al mismo tiempo nombró por Presidenta á la M. R. M. María Estevan Echeverría, actual Supriora. Quedó muy consolada nuestra muy amada Madre, viendo que moría en la sujecion de súbdita, pidiendo repetidas veces perdon á la Comunidad, sin embargo de haberlo hecho quan-

do recibió el sagrado Viático, como es costumbre en esta Comunidad, lo que nosotras no podíamos oír sin deshacernos en lágrimas, no hallando otro consuelo que el de clamar á la divina Misericordia con súplicas, para que apiadándose de nuestros ruegos, nos prestase por mas tiempo su importante vida, aunque las nuestras no tuvieron despacho á favor de las hijas, por estar ya decretado al de la Madre.

Para significar la constancia con que nuestra Madre, dos veces Madre por Fundadora y nuestra Prelada, observó hasta la muerte los ejercicios de piedad y devocion (lo que parece se le llegó á hacer como natural) no podemos ménos de ser cansadas en este punto, porque descubre bien quanta era su continuacion en tales actos. Dos noches y casi dos días estuvo batallando con las fatigas de un moribundo, pero todavía con algunos movimientos en las manos y en la boca; y se le observó que sin cesar todo este tiempo estuvo continuamente rezando,

sin dexar las manos de contar, ni los labios de articular sumisamente las oraciones del Padre nuestro y Ave María, al modo que se reza el santo Rosario. Llegó ya á carecer de todos los movimientos, de manera, que no se le percibía nada, y como se aceleraba la muerte, repetía con frecuencia su Confesor el Padre Joseph Carrillo, que la asistía (con su Compañero el Padre Joseph Hidalgo, y el segundo Capellan de este Convento Br. D. Hipólito Alcaraz) las Jaculatorias correspondientes á el paso y los afectos propios del lance, que como tan poblados de los Santísimos nombres le tenían en un continuo movimiento la cabeza para las inclinaciones ya dichas anteriormente. Esto y la fatiga que se suponía en la moribunda, le hizo reflexar al Padre, que las voces tan continuadas no podían ménos que molestar demasiado á la afligida ya espirante naturaleza, y les dixo á las Religiosas que rodeaban tiernas la cama: *Creo que le molesto demasiado.* No dió lugar la enferma á que res-

pondiesen las hijas, sino que recobrando quanto pudo el aliento, con ademan de afligida, dixo clara y distintamente, *¿qué molestar?* abriendo con esto la puerta, mas que fuese á grito suelto, á que se le estuviese exercitando en afectos piadosos, sin consulta de la prudencia. De hecho, luego que el Sacerdote signió su oficio recogió el gesto, serenó el rostro, y oyó pacífica quanto se le decía, hasta que entregó el alma á su Criador, en cuyas manos la consideramos sus hijas, que fue Lunes en la semana de Dolores á seis de Abril del año de mil setecientos sesenta y siete á las tres y media de la tarde, de edad de cincuenta y un años seis meses ménos tres días, y de Religión veinte y quatro un mes y quatro días, y en el empleo de Prelada doce años y doce dias, siendo electa, y despues reelecta Priora en cinco elecciones. Estando presente casi toda la Comunidad voló, como esperamos de la divina Misericordia, á celebrar en el Cielo las bodas con el Cordero, que con tanto re-

gocijo suyo habia profesado en la tierra. Lloramos tiernas su muerte, temprana para nosotras, que quisiéramos hubiera tardado un siglo para lograr el abrigo de su sombra y aprovecharnos del aliento de sus exemplos; pero muy madura y dilatada si atendemos al mucho tiempo que llenó de virtudes en los no muchos años que floreció en este su Convento, que fue el único consuelo que nos quedó para lenitivo de tan justo natural sentimiento.

Para satisfacer en parte nuestro filial afecto y obligacion, se determinó la retrataran, lo que se executó, aunque sin lograr el fin de tenerla siempre presente á nuestra vista siquiera en el lienzo, por no haberla sacado el Artífice parecida.

Se le hizo el entierro lo mas suntuoso que se pudo, correspondiente á su persona, acreedora por muchos títulos á esta demostracion, no solo de cariño, sino obligatoria. Dos dias estuvo sin darle sepultura, en los que se le cantó Misa de cuerpo presente. Vi-

nieron todas las Comunidades á cantarle responso con toda solemnidad. Miércoles por la mañana fue el de la Misa el Sr. Dr. D. Luís de Torres, nuestro Capellan que habia sido en lo anterior. Hizo el oficio de sepultura el Señor Maestre-Escuelas Dr. y Mró. D. Cayetano de Torres, y habiéndose impreso convites asistió lo mas noble y lucido de la Ciudad de todos estados, siendo los principales dolientes sus Sobrinos los Señores Conde de San Pedro del Alamo y Marqués de San Miguel de Aguayo, acompañando á nuestras campanas las de las quatro Casas de la sagrada Compañía de Jesus, pues estos Reverendos Padres fueron los que mas se condolieron de esta Comunidad por el concepto que tenian formado de la virtud y prudencia de nuestra amada difunta, dándole el peso correspondiente á nuestra horfandad; bien que fue general el sentimiento en todo México. Se puso el cuerpo en una caja de cedro forrada por dentro de oja de lata, se enterró delante del Comul-

gatorio, lugar que le correspondia por ser Prelada.

Dia veinte y nueve de Mayo se le hicieron muy lucidas honras, cantando la Misa el Señor Dean de esta Santa Iglesia Dr. D. Luis de Hoyos y Mier; predicó el Sermón fúnebre el Señor Prebendado Dr. D. Luis de Torres, cuya Oracion dió á la prensa esta Comunidad para perpetuar la memoria de nuestra insigne Fundadora, en que al vivo la bosqueja este sabio Orador, como tan amartelado de su Reverencia y caritativo Bienhechor de este Convento, á cuyos individuos siempre miró como amante Padre.

Este es un breve diseño de la fervorosa vida de nuestra gran Madre, heroica Fundadora, prudente y caritativa Prelada la M. R. M. María Ignacia Azlor y Echeverz, en el siglo ilustre Señora, y en la Religion Capitana, que como tal traxo á este Reyno la Compañía de María, quien tiene por blason militar baxo las Vanderas de esta Empera-

triz Augusta: y una sencilla noticia de esta fundacion, la que hemos escrito para que archivado sirva de instrumento, y á nosotras recuerde los exemplos de nuestra amantísima

Madre, deseando que todo ceda á la mayor gloria de Dios.

NOTA.

Se halla en nuestro Archivo de este Convento un Breve del Santísimo Padre Benedicto XIV. su data en veinte y uno de Febrero de 1753. en que dá su Beatitud su licencia á la Madre María Ignacia Azlor para salir de su Convento de Tudela á fin de venir á fundar este de México; y en este Breve confirma de nuevo nuestro Instituto confirmado ántes por Paulo V.

TABLA
De los Capítulos que contiene
este Libro.

- CAPÍTULO I.** Su Patria, nacimiento, y
educacion en sus primeros años. P. 1.
- CAPÍTULO II.** Mueren sus Padres y entra
en el Convento de la Concepción. 81.
- CAPÍTULO III.** Sale de México para el
Puerto de la Veracruz, embárcase para
Zaragoza, y conducta que allí observó. 221.
- CAPÍTULO IV.** Oposiciones que tuvo y firmeza
de su vocación. 34.
- CAPÍTULO V.** Vence las oposiciones, sale
de Zaragoza para Tudela de Navarra, toma
el hábito y hace su profesion religiosa. 47.
- CAPÍTULO VI.** Progresos en la virtud de
la Hermana María Ignacia despues de su
profesion. Solicita la licencia para la fundacion
y sale para ella. 58.
- CAPÍTULO VII.** Sigue el viage de las Ma-

- dres Fundadoras hasta llegar a l Puerto de
la Veracruz.* 66.
- CAPÍTULO VIII. *Salen de la Ciudad de Ve-
racruz para la Puebla de los Angeles, y
pasan á la de México.* 82.
- CAPÍTULO IX. *Toman posesion de su Con-
vento y empiezan á exercer sus Ministe-
rios.* 103.
- CAPÍTULO X. *Su devocion al Santísimo
Sacramento, á María Santísima y otros
Santos.* 119.
- CAPÍTULO XI. *Su observancia de los vo-
tos y otras virtudes.* 132.
- CAPÍTULO XII. *Fe, Esperanza y Caridad
de la Madre María Ignacia.* 146.
- CAPÍTULO XIII. *Ultimos años de su go-
bierno y su dichosa muerte.* 153.

FIN.



P. C. 1. B.